

EL SIGLO XVII

LA TRANSICIÓN MING-QING

Las ciudades del norte, desgastadas por el gobierno corrupto de los Ming y por los asaltos de los bandidos, no ofrecieron gran resistencia a los manchúes. Fue una victoria fácil, que reforzó la confianza de los manchúes y los llevó a cometer un error garrafal. La nueva dinastía ordenó a todos sus súbditos hombres que se afeitaran la cabeza dejando solo una porción de cabello en la parte trasera, que luego se peinarían en una trenza. También tenían que cambiar su manera de vestir conforme al estilo manchú, dejando las largas túnicas con mangas anchas y adoptando sus ajustadas prendas. Probablemente, esto permitía a los manchúes distinguir a primera vista los nuevos súbditos de los potenciales disidentes chinos, dificultando así que se cambiaran de bando. Pero esta normativa sobre el cabello y la ropa enfureció a los chinos, tanto a las élites como a la gente de a pie. Significaba ajustarse a la desdeñada vida de la estepa y ofendía al sentido chino de superioridad cultural. Los manchúes respondieron con pena de muerte para aquellos que no acataran las órdenes. La elección de perder el cabello o perder la cabeza endureció la resistencia china durante décadas. Con el tiempo, los chinos se acabarían acostumbrando a las trenzas, pero 250 años después la rebelión china que puso fin a la dinastía Qing empezaría con un simbólico corte de trenzas en público.

A las mujeres se les permitía más variedad en sus estilos, como se hace obvio en las muchas imágenes que tenemos de las damas que conformaban el harén, en las que aparecen siempre con vestimentas de estilo chino. Pero, a diferencia de las mujeres chinas, las mujeres manchúes no se ataban los pies y eso permitía identificarlas de manera inmediata e irreversible.

Con el norte más o menos pacificado, los manchúes se dirigieron al sur. Pero también lo hicieron los seguidores de la dinastía Ming. El emperador se había ahorcado, pero decenas de miles de príncipes imperiales Ming se esparcieron por toda China. Cada uno de ellos se estableció en un palacio provincial con sus mujeres, sus eunucos y su séquito. Los bandidos asesinaron a muchos de ellos por odio, al igual que los manchúes lo hicieron por miedo. A finales de verano la mayoría de ellos decidió esconderse, pero algunos de estos príncipes huyeron al sur y, uno tras otro –o muchos a la vez–, dieron un paso al frente y reclamaron el imperio. No

hubo una figura autoritaria que liderara la dinastía Ming del sur, pero su propia existencia propició la resistencia de algunas de las ciudades más pobladas y ricas de la cuenca del río Yangtsé y se convirtieron en el objetivo de un feroz ataque manchú. Yangzhou, una próspera ciudad que controlaba el tráfico en el Gran Canal, sufrió la Masacre de los Diez Días, que dejó cientos de miles de víctimas. Uno de los supervivientes escribió un relato sobre ello. Su vívida descripción de la sangre, las violaciones, los incendios y las muertes sobrevivió en un texto prohibido hasta el fin de la dinastía. Al menos otras tres masacres igual de sangrientas ocurrieron en la parte baja del río.

Uno de los problemas de los Ming del sur era que necesitaban urgentemente apoyo financiero y para ello dependían de los señores de la guerra locales. El más importante de ellos era Zheng Zhilong, medio pirata, medio comerciante, con base en el puerto de Xiamen, en Fujian. Sus extensas flotas controlaban un vasto imperio marítimo comercial que abarcaba desde Japón hasta el sudeste asiático. Su hijo Zheng Chenggong, llamado Koxinga en fuentes occidentales, se alió, sin dudarlo, con la derrotada dinastía Ming del sur. Dirigiendo una tropa de más de 100.000 hombres, Koxinga perpetró varios ataques en las ciudades costeras chinas, saqueó muchas de las prósperas ciudades del Yangtsé e incluso se planteó invadir Manila. Cuando los manchúes atacaron su base en Xiamen, Koxinga retiró sus tropas a Taiwán.

Hasta entonces, Taiwán había estado habitado por aborígenes. En los años 1630, los españoles levantaron un fuerte en las costas del norte de Taiwán, pero fueron expulsados por los holandeses en 1642. Los holandeses se habían establecido en el sur, en una bahía resguardada. Zeelandia era más grande y consistente que el fuerte español de Santo Domingo, y una colonia estable de chinos ya se había establecido en sus alrededores, mientras los barcos holandeses y fujianeses fondeaban en sus costas. Koxinga llegó a Taiwán con una enorme flota acompañado de más de cien mil hombres y expulsó a los holandeses. Esta fue la primera batalla entre China y Occidente. Los holandeses se rindieron a Koxinga, que había dejado de lado su atuendo de pirata y ahora vestía como un rey.

La dinastía Ming del sur no duró mucho, y el sur se sumió en una agitación generalizada. Para consolidar la conquista del sur, los Qing nombraron a tres grandes comandantes militares chinos como señores de las provincias del sur. Poco tiempo después ya reinaban casi como monarcas absolutos en sus feudos. La rebelión final de los tres feudatarios estaba a punto de dividir a China en dos. Para sofocar la rebelión de los principados de la zona fronteriza y evitar que los apoyara la flota de Koxinga, los Qing decidieron trasladar toda la población de las costas

del sur cien kilómetros hacia el interior. El sur no vio la paz hasta 1683, cuando el emperador Kangxi ordenó un asalto final masivo a la casa de la familia de Koxinga en Taiwán. Esto terminó con el largo periodo de transición Ming-Qing.

Taiwán se incorporó por primera vez al Imperio chino como prefectura de la provincia de Fujian.

China entró finalmente en un largo período de paz, pero el eslogan "Derrocar a los Qing y restaurar a los Ming" sobreviviría en las sociedades secretas y reaparecería una y otra vez para perseguir a la dinastía hasta el fin sus tiempos.